

BOLETIN de la Oficina Sanitaria Panamericana

Año 32 r Vol. XXXV r Agosto 1953 r No. 2

LA RESPONSABILIDAD DEL MOMENTO ACTUAL*

Señor Presidente, Señor Secretario General, Señores Delegados y Amigos:

La clausura de la Sexta Asamblea Mundial de la Salud marca también el final de mis siete años de participación en las labores de la Organización Mundial de la Salud. Me siento obligado por las personas que me han honrado con este cargo del cual pronto haré dejación, y por todos los pueblos que están representados en esta Organización, a decir unas breves palabras en relación con el progreso efectuado por la OMS hacia la consecución de sus objetivos de salud y de paz mundiales. Voy a resumir las principales realizaciones y los problemas esenciales que aun quedan por resolver, si es que vamos a alcanzar los fines expuestos en la Constitución de la OMS.

No veo la necesidad de recalcar ante esta Asamblea los resultados que ha obtenido la OMS en los últimos años. Ya todos conocemos, y cada día es mayor el número de personas ajenas a nuestra Organización que también lo saben, que de aquel proyecto de 1946, la OMS ha evolucionado a lo que es hoy, una empresa en pleno desarrollo. Los conceptos de hace siete años son hoy una realidad viva. Los grupos de expertos de la OMS se encuentran hoy en los cinco continentes, ayudando a las autoridades nacionales de sanidad a desarrollar y perfeccionar sus defensas contra la enfermedad y asegurando un mejor estado de salud para sus habitantes. Gracias a la OMS y a los que trabajan para la OMS, las enfermedades epidémicas, que desde antaño vienen aniquilando e incapacitando a millones de personas, han dejado de constituir un riesgo normal para la vida humana. Gracias al gran número de programas sanitarios iniciados, individual o colectivamente, por los gobiernos que forman parte de la Organización Mundial de la Salud, hay nuevas esperanzas para la gran mayoría de los habitantes del mundo, cuyas fuerzas para vivir y cuya capacidad para el trabajo aun están siendo minadas por el mal estado de salud. Sobre todo, por primera vez en la historia, hoy contamos

* Discurso pronunciado por el Dr. Brock Chisholm en la Décima Sesión Plenaria de la Sexta Asamblea Mundial de la Salud, viernes 22 de mayo de 1953.

con una organización mundial dotada de poderes de dirección y de coordinación, una organización que puede velar por que los recursos disponibles internacionalmente, tan necesarios para mejorar la salud y tan limitados en sus alcances, sean empleados en la forma más económica y eficaz posible.

No debemos olvidar, sin embargo, que estamos tan sólo en los comienzos de una larga y difícil empresa. Si han de ser cumplidas esas promesas que los pueblos del mundo han llegado a identificar con el propio nombre de la Organización Mundial de la Salud, será preciso observar las diversas condiciones que son esenciales para el éxito de la OMS.

Una de estas condiciones es la participación de todas las naciones en la obra de la OMS. El concepto general de esta Organización y los principios establecidos en su Constitución se basan en una verdad sencilla: En un mundo que tiende a encogerse, la salud, como la paz y la seguridad, es indivisible y no puede haber victoria en la lucha que libra la humanidad contra la enfermedad, el enemigo principal, sin el esfuerzo concertado de todos nosotros. Las esperanzas que sustentamos hace cinco años de que la OMS, como organismo apolítico, podría mantenerse al margen del efecto defraudador que tiene la división política y psicológica de nuestra colectividad mundial no se han materializado. No hay excusa válida para que una nación se separe de un esfuerzo internacional, cuyo único objeto es el de conseguir para todos los pueblos del mundo un mejor estado de salud física y mental. Espero sinceramente que el principio de solidaridad universal que observamos en el nacimiento de esta Organización encuentre nuevamente su máxima expresión en la OMS.

Otro factor que está entorpeciendo nuestra labor es la falta de recursos financieros. Si no hacemos los ajustes necesarios, este hecho podría retrasar peligrosamente el desarrollo progresista de esta Organización. La cuantía que emplea actualmente la OMS para promover la acción internacional que protege la salud de los hombres, mujeres y niños del mundo no es mayor que la que utilizan muchas grandes urbes para sus servicios sanitarios municipales. De hecho, los presupuestos de la Organización han sido y continúan siendo ridículamente pequeños cuando los comparamos con la inmensidad de las necesidades sanitarias de un mundo en que dos terceras partes de sus habitantes aun desconocen los beneficios de los conocimientos médicos y científicos más modernos. Si la OMS ha de colaborar eficazmente en la eliminación de las lagunas que hoy día separan esa minoría saludable de la mayoría que aun vive esclavizada por la enfermedad y la indigencia, habrá que proporcionarle los medios presupuestarios para hacerlo.

No obstante, si la OMS, a pesar de los dos obstáculos mencionados, ha realizado tan gran labor en el breve tiempo transcurrido desde su creación, esto se debe a la orientación que le han dado unas asambleas conscientes de la responsabilidad que entraña la causa de la salud

mundial, sin preocuparse, en manera alguna, de los intereses de pequeños grupos nacionales o de cuestiones de prestigio. Gran parte del futuro de la OMS dependerá de que los Estados Miembros continúen enviando a sus cuerpos directivos personas dotadas de amplia visión y de comprensión para las necesidades del mundo en general y no para las de un grupo de naciones o de un país determinado. Esto se puede aplicar especialmente al Consejo Ejecutivo, el cual puede seguir desempeñando su importante papel de asesor técnico y órgano ejecutivo de la Asamblea propiamente dicha. Creo firmemente que cualquier nueva tentativa de enmendar las muy sabias disposiciones contenidas en la Constitución de la OMS, en relación con la independencia absoluta e imparcialidad de los miembros del Consejo Ejecutivo, representaría un golpe fatal para la actividad futura de esta Organización. Tengo la seguridad de que la Secretaría podrá continuar llevando a cabo las decisiones de la Asamblea y del Consejo con tanta eficacia como lo ha hecho desde la OMS, si aprovecha en los próximos cinco años la experta y dinámica dirección del Dr. Candau y si se le garantiza una libertad absoluta frente a toda coacción que cualquier grupo pretendiera imponer. Unas relaciones armoniosas entre una Asamblea dotada de la capacidad necesaria para estudiar los problemas en escala mundial, un Consejo Ejecutivo soberano y una Secretaría libre y digna de confianza, podrán vencer prácticamente todos los obstáculos que se presenten para la cristalización de las energías potenciales de la OMS.

Nos complace en extremo que el Secretario General de las Naciones Unidas haya tenido ocasión de asistir a la reunión de esta Asamblea. Su presencia en esta Sala subraya otro aspecto más de la labor de la OMS, que tiene gran importancia para los demás miembros de la familia de las Naciones Unidas. En la OMS, como en los otros organismos de las Naciones Unidas, nos dedicamos a una labor especializada y estamos tan abstraídos con nuestra misión particular, que perdemos de vista el fin principal para el cual nuestras organizaciones han sido creadas, es decir, establecer las bases económicas y sociales de una paz duradera. Uno de los resultados inmediatos de esta actitud pudiera ser que, en cierto sentido, estemos defraudando los mismos propósitos que nuestros diferentes organismos tienen por misión. Está perfectamente claro, si se tiene presente la interdependencia de los factores económicos y sociales, que los progresos realizados por nuestra sociedad en un campo disminuyen de valor de no ir acompañados de progresos análogos en otros campos. Lo que quiero decir es que la palabra "progreso" tiene poco significado hoy en día si no la empleamos en un sentido más general. Es obvio, por ejemplo, que aun cuando las campañas de salud pública se realicen con todo éxito en una colectividad, no promueven ningún progreso social por el sólo hecho de restaurar la salud y la capacidad de trabajo de un sinnúmero de sus miembros. No podemos hablar de progreso social si

las personas que han sido readaptadas físicamente van luego a engrosar las filas de los desempleados, los insatisfechos y los hambrientos. El aumento de caudal obrero que traen consigo estas campañas se traduce en un progreso efectivo cuando las gentes, libres ya de toda dolencia, están seguras de la inversión de capital para la producción y de que se estabilizará el mercado de distribución, cuando reciben garantías adecuadas de empleo y, además, cuando tienen a su disposición los medios educativos y culturales necesarios para ellas y para sus hijos. Por otra parte, ni el capital de inversión, ni el mejoramiento de los métodos agrícolas contribuirán a aumentar la producción en los países insuficientemente desarrollados a menos que se propugnen las medidas apropiadas para elevar el nivel de salud del pueblo a un grado que les permita dedicarse eficientemente a la agricultura y a la industria.

En 1945 las naciones del mundo se dieron perfecta cuenta de que en verdad lo único que puede eliminar las condiciones económicas y sociales que precipitan la guerra es el concierto de la acción mundial. Como reacción natural a los horrores de la última guerra y, aun más, a los horrores todavía más pavorosos que para la humanidad representaría una nueva explosión en la vida internacional, las gentes del mundo dieron a los representantes que enviaron a San Francisco un mandato preciso y obligatorio para que se establecieran las condiciones bajo las cuales puedan prosperar la justicia y el respeto hacia los tratados y otras leyes internacionales, y para que promovieran el progreso social, un nivel de vida más alto y un mayor grado de libertad. Estoy seguro de que en mis últimas palabras ustedes habrán reconocido dos principios contenidos en la Carta de las Naciones Unidas. Verdaderamente, en ninguna parte encontraremos mejor expresadas las aspiraciones de la humanidad que en esa admirable formulación de principios que sirven de base a las Naciones Unidas y a todos sus organismos especializados. Con la venia del Señor Presidente, citaré algunos pasajes que figuran en los preámbulos de las constituciones de los diversos organismos especializados, que muestran palpablemente la magnitud de la labor que a ellos ha sido encomendada. La Constitución de la UNESCO declara: Como las guerras comienzan en la mente del hombre, es en la mente del hombre donde se deben construir las defensas de la paz, y añade, la difusión amplia de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad y la paz son indispensables a la dignidad del hombre. Los miembros de la FAO prometen sus recursos al fomento del bienestar común . . . , elevando los niveles de la nutrición y de la vida de las gentes que viven bajo su jurisdicción y, en general, contribuyendo a la expansión de la economía mundial. Todas las actividades de la OIT se derivan de un principio reconocido en su Constitución: la paz universal no puede ser duradera si no está basada en la justicia social. En lo que concierne a la OMS, su finalidad principal es la de alcanzar para todos los pueblos

el grado más alto posible de salud, ya que, según reza el preámbulo de su Constitución, "la salud de todos los pueblos es una condición fundamental para lograr la paz y la seguridad."

Debemos admitir que hasta la fecha no hemos hecho honor a las grandes esperanzas que en nosotros han cifrado los hombres y mujeres del mundo. A pesar de los brotes ocasionales de preocupación internacional por el bienestar social y económico de las poblaciones menos privilegiadas del mundo, y me refiero al Punto Cuarto, al Plan Colombo, al Programa de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, etc., las naciones del mundo, en su búsqueda de la felicidad, han retrocedido y han vuelto a emplear técnicas y métodos que la evolución de la tecnología y la ciencia han hecho obsoletos. Estamos aprisionados en un círculo vicioso que, de no romperse, no puede ir a parar más que a la destrucción de la humanidad. Por una parte, sabemos y estamos constantemente proclamando que las naciones más afortunadas deben estar preparadas para invertir una parte importante de sus recursos en suprimir el temor a la guerra, que tarde o temprano conduce a la guerra, la cual nace de la inseguridad económica y social que prevalece en la mayor parte del mundo. Por otra parte, es precisamente el temor a la guerra el que impide que muchos gobiernos se dediquen a la rehabilitación económica de las zonas insuficientemente desarrolladas. Se nos dice que actualmente la prioridad principal, la que lo domina todo, es la que se relaciona con el programa de rearme, y que no es posible hacer planes para el fomento de la economía hasta tanto no disminuya la amenaza de guerra. Así pues, vemos el espectáculo de gobiernos que gastan miles de millones de dólares para la defensa, mientras se confiesan incapaces de dedicar unos cuarenta millones de dólares para subvencionar durante un año las actividades del Programa de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, considerado en general como un factor vital en la construcción de la paz con medios positivos. Este contraste deslumbrante entre los sacrificios enormes que nos vemos forzados a hacer para acumular instrumentos de guerra y de destrucción, y la cantidad insignificante de dinero y energías que empleamos con fines constructivos es simbólica del reto que el hombre moderno tiene que arrostrar.

Este es un reto que no tiene precedentes en la historia. El hombre tiene que aprender a vivir consigo mismo y en paz con el prójimo en un mundo cuyas dimensiones y perspectivas son radicalmente distintas de las del pasado. Tiene que modificar su manera de pensar y de obrar a fin de construir un sistema completamente nuevo de relaciones humanas más ajustadas a un mundo tan distinto. Tiene que comprender que la competencia despiadada, y la vieja regla de la supervivencia, han llegado, en esta era de desarrollo técnico y científico, a ser sinónimas de suicidio colectivo, y que deben ser substituídas por una cooperación basada en la comprensión mutua, en el acuerdo y los pactos.

Para alcanzar este fin es preciso que cada uno de nosotros reconozca que el bienestar de una nación depende del bienestar de todas las naciones. Por lo tanto, tenemos que adquirir sobre todas las cosas, y tenemos también que ayudar a nuestros hijos a adquirir, un grado análogo de lealtad para todos los miembros de la familia mundial, sin distinción de raza, religión, color o cualesquiera otras características de grupo. Las luchas de prestigio, que encontramos en el fondo de cualquier esfuerzo por imponer la voluntad de un grupo o de un individuo sobre los demás, es una forma de conducta primitiva y anacrónica. A pesar de que muchos millones de personas no han llegado a comprender este hecho, otros millones, en cambio, están aprendiendo a apreciar y a admirar la habilidad en transigir, a ayudar y preocuparse igualmente por el bienestar de todos los pueblos, sacrificando una pequeña parte de los intereses individuales, locales o de grupo en pro del bien común. Cada día es mayor el reconocimiento general de que estas habilidades son características de la madurez, bien sea de las naciones o de los individuos.

Contemplado desde este punto de vista, y ésta es la única medida válida que hoy podemos aplicar a cualquier cosa que hagamos, el valor más importante para la OMS o para cualquier otra unidad del sistema de las Naciones Unidas no radica en ningún resultado mensurable y divulgable que hayamos obtenido. Su contribución al problema que presenta la vida pacífica del hombre con el hombre, la encontraremos en la evidencia de que hombres pertenecientes a sistemas políticos, sociales y religiosos completamente diferentes pueden participar, y en general lo consiguen, en una genuina colaboración internacional basada en la asociación fraternal, libre de la dominación de una nación o de un grupo de naciones.

Esta generación no tiene otra sana alternativa que no sea la de aceptar con valor y determinación las realidades de una nueva era. El momento del valor, de la determinación y de la acción, y quizá también del martirio, es el presente, dondequiera que nos encontremos y cualesquiera que sean nuestras responsabilidades del momento. Cada acción, cada palabra, influye a favor o en contra del gran ideal de paz en la tierra. Nos toca a nosotros, los habitantes del mundo, no solamente en los consejos de naciones sino, lo que es aún más importante, en nuestra vida cotidiana, decidir si nosotros y nuestros hijos hemos de vivir o de morir en una miseria y temor mucho peores de los que hemos conocido, o si es que vamos a construir y a disfrutar una colectividad mundial pacífica y dichosa. Repitémoslo: ¡este es el momento de actuar!

Mencionaré brevemente asuntos algo más personales. No trataré de evaluar mi propia experiencia durante mis siete años de asociación con la Organización Mundial de la Salud. Se requiere una perspectiva más amplia para hacerlo. Estos años han sido arduos, preñados de dificultades, pero, en cambio, han tenido sus compensaciones y he podido

forjar sinceras amistades en casi todos los países del mundo. Esa sensación de bienvenida que uno siente en todas partes y la bondadosa hospitalidad de los gobiernos, ministerios de salud pública, hospitales, instituciones de distintos tipos y, de hecho, de personas de todas clases, ha sido en verdad una experiencia alentadora y llena de promesas.

Aquí en Suiza, la Organización Mundial de la Salud ha encontrado un "país huésped" ideal. Tanto las autoridades federales como las de la República, el Cantón y la Ciudad de Ginebra, han agotado todos los medios para ayudar a la Organización y a mí personalmente. Estas autoridades en ningún momento han tratado de influir, directa o indirectamente, en la política o en las actitudes de la Organización Mundial de la Salud. Por esta indulgencia quisiera dejar constancia de mi más honda gratitud y aprecio.

Asimismo, quiero dejar constancia de que en ningún momento, durante los siete años de mi ejercicio, el Gobierno de mi país, Canadá, me ha hecho sugestión alguna relacionada con la política de la Organización, así como tampoco he recibido comunicación alguna del Gobierno del Canadá, directa o indirectamente, que no haya venido por vías absolutamente oficiales y que no haya quedado registrada administrativamente en la Organización.

El apoyo, los consejo y el aliento que he recibido de todos los funcionarios y miembros de la Comisión Interina, las seis Asambleas Mundiales de la Salud y los once Consejos Ejecutivos, han enriquecido grandemente mi experiencia y me han permitido servir a la Organización dentro de los límites de mi capacidad. Estoy profundamente agradecido no solamente por esa ayuda, sino también por la desinteresada amistad que me otorgaron.

Finalmente, a toda la Secretaría—a todos mis amigos, espero, aunque a muchos no he llegado a conocerlos tan íntimamente como hubiera deseado—sólo puedo decir: ¡gracias! No dispongo de palabras que expresen mi plena gratitud por la manera en que todos vosotros habéis llevado a cabo vuestro cometido, asumiendo con frecuencia una responsabilidad superior a la que en justicia os correspondía. Más de una vez me sentí inmerecedor de un puesto que tanta veneración merece, y me fué en ocasiones difícil afrontar tan altas exigencias. Para mis fracasos solicito vuestra indulgencia, y por nuestros éxitos comunes os repito: ¡Gracias!